

riscal Bazaine, despues de su espantosa derrota, se queda con las comunicaciones de Paris cortadas y encerrado en Metz, con doscientos mil prusianos al rededor de la ciudad.

El 19 de Agosto es tambien aniversario de Castelfidardo, el aniversario de aquel famoso *Faites vite*.

Esta traidora retirada de los franceses de Roma, dejó á Pio IX á merced de la revolucion liberalisca, y como prisionero en poder de sus enemigos, los fautores de ésta; pero peor vino á quedar Napoleon en poder de los prusianos, con su ignominiosa derrota de Sedan.

El 2 de Setiembre se resolvió por los revolucionarios en Florencia, donde por entónces estaba establecido el gobierno de la Italia revolucionaria, marchar sobre Roma; y el 2 de Setiembre entregaba Napoleon su espada al enemigo, y salía prisionero para Willeismshoe.

¿Qué pensarán de esto esos ilustrados á la violeta, que creen en la casualidad de todas las cosas de esta vida, y no se aprovechan de las enseñanzas de la historia ni de las de los sucesos contemporáneos?

¡Si estas son casualidades, no hay duda que son casualidades muy providenciales y muy numerosas! La historia de la Santa Sede está llena de hechos & casualidades de esta especie.

El Corazon de San Agustin.

(TRADICION.)

I.

Era el 28 de Agosto del año 430.

San Agustin exhalaba el último suspiro en la renombrada ciudad de Hipona, cuya fama era debida al episcopado de este Santo, que por espacio de más de cuarenta años, despues de admirar al orbe entero con sus virtudes, lo había iluminado con su ciencia. Los restos venerandos del insigne Obispo hiponense eran conducidos á su última morada entre las lágrimas y bendiciones de su pueblo. A la basilica de la Paz, dedicada á San Estéban, cúpole la gloria de abrigar entre sus muros este depósito sagrado. Pero sólo por espacio de cin-

uenta y cuatro años había de tener la dicha de guardar tan rica joya.

Merced á la traicion del conde Bonifacio, los vándalos, capitaneados por el sanguinario Genserico, asolaban las costas africanas. Los heróicos esfuerzos del Conde, arrepentido de su mal paso, no fueron suficientes á detener el torrente devastador de los hijos de las selvas, cuya hacha demoleadora arrasaba hasta sus cimientos las ciudades más hermosas de la floreciente Numidia. A sus rudos golpes sucumbió tambien Hipona, sin que de nada le sirviera la gloria de haber estrechado en su recinto al mejor de los Doctores africanos.

Los huesos de San Agustin debieron estremecerse de horror, al sentir los alaridos de los bárbaros del Norte que se cebaban en las víctimas cristianas, quienes, sumisas, habían tantas veces escuchado el majestuoso acento de su arrebatadora palabra. En honor de la justicia es menester afirmar que sus restos venerandos no se vieron precisados á pasar por el humillante sacrilegio de verse profanados. Los salvajes respetaron aquellos huesos benditos, que la Providencia divina quería á toda costa conservar.

La barbarie del Septentrion implantada en la Numidia por el feroz Genserico, fué despues arraigada por el astuto Hunnerico, cuando en 484 deportó á la isla de Cerdeña todos los Obispos católicos de la Iglesia Africana, áun entonces floreciente. Todavía esta desgracia es llorada en nuestros dias; la patria de Tertuliano y Orígenes pasó del dominio de los bárbaros al de los hijos de Mahoma.

Entre los ilustres desterrados á Cerdeña iba el Obispo de Ruspe, San Fulgencio, quien á todo trance trató de llevar consigo los inapreciables restos de su querido maestro, el Santo Obispo de Hipona, para que estos le sirvieran de consuelo en el destierro. Estas cenizas, á quienes las desgracias de su patria lanzaban á tierra extraña, no habían de reposar por mucho tiempo tranquilas.

Dos siglos y medio habían pasado, y

Cerdeña era ya una conquista del alfanje sarraceno. Los huesos de San Agustin tuvieron que ser rescatados de los Arabes por el piadoso Luitprando, rey de los lombardos, quien á costa de una suma cuantiosa logró trasladarlos á Pavía para depositarlos en un humilde sepulcro de la Iglesia de San Pedro, convertido por la piedad cristiana en un monumento arquitectónico algunos siglos despues.

En el sepulcro de esta Iglesia no se depositaron más que huesos. ¿Dónde estaba el corazon de San Agustin? ¿Había sido pasto de la tierra? Aquel corazon privilegiado que sólo tenía de humano lo poco que le faltaba para ser serafín; que tantas veces había latido á impulsos del amor divino, el cual, despues de haberlo convertido, por fin lo abrasó, ¿habíanlo devorado los gusanos?

La tradicion dice que no.

Segun ella, á la muerte del Santo Obispo de Hipona descendió del cielo un serafín, quien extrajo de su cuerpo, ya cadáver, el corazon que acababa de dar el último latido, llevándolo consigo para preservarlo de la podredumbre del sepulcro. Era su ángel custodio quien trataba de guardar tan precioso corazon. ¿Lo trasportó al cielo? La tradicion no lo dice, pero tambien asegura que no fué pasto de la tierra.

En 960 vivía un obispo francés que deseaba ardientemente poseer una reliquia del Santo de Tagaste, cuya virtud y saber tanto arrebataban su alma.

Una gracia suplicada con la ardiente fé de la Edad media, rara vez suele negarse.

II.

Era una calurosa tarde del mes de Agosto. Sigisberto, obispo de Lyon, entraba en su oratorio á pedir á Dios se dignara otorgarle la gracia por la que tanto suspiraba. Un dulce sueño, muy parecido á un éxtasis, se apoderó de sus sentidos. Cuando más tranquilo dormía apareciósele un ángel que ostentaba entre sus manos un hermoso vaso de cristal, cuya peana de purísimo oro estaba cuajada de perlas. Depositó en el altar el

rico vaso de cristal, y mirando con rostro afable al atónito obispo lionés, le dijo:

—Despiértate y toma esta veneranda reliquia, objeto de tus fervorosas oraciones.

—¿Quièn eres tú, — replicó el encanecido Prelado, —cuya visita me es tan grata?

—Soy el ángel de la guarda, — contestó el celestial mensajero, —que tanto trabajé por convertir este corazon que ves; y pues tantos fueron mis afanes para arrancarlo al dominio del error, tambien quise preservarlo del vil polvo del sepulcro. Ahora te lo entrego como premio de tu tierna devocion; de hoy más quiero que seas su custodia.

Desapareció la vision y el Obispo despertó. Al tratar de cerciorarse de la realidad de su sueño, encontró sobre el altar el precioso vaso de cristal, en el que estaba contenido el corazon del insigne Prelado hiponense, tan fresco, como cuando latía encerrado entre las paredes de su pecho.

Una reliquia en los siglos medios, era tenida por la más preciosa dádiva. Cuando la ciudad de Lyon se dió cuenta de semejante maravilla, conmovióse de tal suerte, que todos sus moradores y los de otros pueblos comarcanos acudieron en tropel á la casa episcopal para ver por sus propios ojos aquel corazon de serafín y tributarle los honores merecidos.

El entusiasmo que tal prodigio despertó, sólo puede explicarse por las fiestas suntuosas con que fué solemnizado. En ellas se desplegó todo el esplendor de que el siglo X era capaz, llevando la mejor parte de ellas la ardiente fé de aquellos tiempos, enardecida con la presencia de aquel tierno corazon.

El inspirado himno *Te Deum*, compuesto por San Ambrosio y San Agustin, á poco de rodar por la frente de éste las regeneradoras aguas del bautismo, fué entonado al terminar las solemnes fiestas por un inmenso coro de voces, cuyos fervientes ecos no podían resonar en la cúpula del templo, porque éste tenía por tal la inconmensurable bóveda del cielo.

Cuando la muchedumbre de los fieles llegó á pronunciar las palabras *Sanctus, Sanctus, Sanctus* del magestuoso himno,

aquel corazón muerto, parecía resucitar á la vida; y encontrando demasiado estrechas las paredes del relicario en que estaba contenido, saltaba de una parte á otra pugnando por romperlas. Aquellas palabras que lo inflamaban cuando vivo, parece que aún le encendía cuando ya no podía latir.

Sigisberto guardó codiciosamente joya tan preciosa, como un rico donativo regalado por el cielo. Cuando la muerte anuló sus ojos, ¿á quién lo dejó en herencia? La tradición no lo dice; y el Obispo lionés se llevó consigo al sepulcro el codiciado secreto. El ángel que tal corazón le entregó ¿habrá vuelto á recogerlo? Si es así, tal vez espere otro Sigisberto para volvérselo á entregar.

Una sola cosa puede darse como cierta. Acaba de celebrarse un brillante Centenario de la Conversion de este Padre á quien representan los artistas con un corazón en la mano, despidiendo llamas de fuego. Los que profesan su Regla se han esmerado en su culto; y si se ignora por completo el paradero de su grande y hermoso corazón, del espíritu que le anima son herederos sus hijos.

Una historia que no es la única.

Un cura de un pueblecito volvía una tarde á su casa. Andando andando, rezaba en su breviario. Dos jóvenes oficiales cuya compañía estaba acuartelada en otro pueblo inmediato, venían por el camino. Se burlaron al pasar junto al sacerdote, que continuaba su oración, y como que llevaban un buen paso, muy pronto le dejaron bastante atrás. Comenzaron á hablar de religion ó por mejor decir, de irreligion.

—No, no quiero á los curas, decía uno de ellos.

—Ni yo decía el otro.

—No creen lo que dicen.

—Ese es su oficio.

—La religion solo es buena para las mujeres.

—O para chiquillos.

—No son mejores los devotos que los que no lo son.

—Al contrario son los peores.

—Más limosnas se dan al salir del teatro, que al salir de misa, etc, etc.

Esta edificante conversacion fué interrumpida por la voz de un mendigo, sentado cerca de unos zarzales: los dos militares le dieron algunos céntimos. El infelix estaba casi desnudo, pálido, demacrado, desfallecido.

—Apuesto, dijo uno de los oficiales á que el cura no le dá nada.

—Esperémonos para verlo.

Sí, pero escondámonos, porque estas gentes hacen el bien cuando los demas lo ven: sería capaz de dar algo, solo porque lo vemos. Ven, pongámonos detrás de esas zarzas. Estaremos como en primera fila de butacas.

Tres ó cuatro minutos despues llegó el cura, siempre rezando en su breviario. El pobre le pidió una limosna. El cura levantó los ojos, cerró su libro y se acercó al pobre.

—¡Ay de mí, hermano! dijo el cura registrando su bolsillo, creo que no tengo nada.

Los dos amigos se tocaron con el codo.

—Bien decía yo, dijo uno de ellos.

El cura buscaba por todos lados; no llevaba dinero.

—No tengo nada; lo siento en el alma, repito. Y viendo la desnudez del mendigo: ¿no tienes nada para cubrirte?

—No, mi buen señor.

—Entonces espera.

Puso su libro en tierra, miró por todos lados para ver si álguien lo observaba; desapareció por un momento, y volvió, trayendo en sus manos la indispensable vestidura, que un inglés no osaría nombrar, que un buen español llama sencillamente. sus calzones.

—Tome, hermano mio.—Al menos con esto tendrá para cubrir un poco su desnudez. No hable de esto á nadie y ruegue á Dios por mí.

El pobre tomó los pantalones, y le dió las gracias al cura, que envuelto en su sotana, continuó su camino y su rezo.

Al dia siguiente fueron á confesarse los dos jóvenes oficiales: la sencilla caridad del buen sacerdote habia convertido dos almas.

DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.

RESP. TOMAS GONZALEZ.

TOM. V. GUADALAJARA, OCTUBRE 22 DE 1887. NUM. 44.

SECCION I.

BREVE

De Ntro. Smo. Padre el Sr. Leon XIII.

N. S. P. el Papa, para contestar al mensaje que le fué enviado con motivo de las fiestas de Urbano II, escribió á Mons. Langgenieux, arzobispo de Reims, á los arzobispos y obispos y cabezas de órdenes religiosas reunidas en Chatillon del Marne (Francia), el siguiente Breve:

LEON XIII, PAPA.

Las cartas que Nos enviasteis Nos han causado viva satisfaccion al comunicárnos que el XII de las kalendas de Agosto (21 de Julio) se inauguró con aplauso de numerosos obispos reunidos con tal objeto y de una muchedumbre formada de todas las clases sociales, una estatua notable por sus dimensiones así como por su belleza artística, en honor del bienaventurado Urbano II, nuestro predecesor, en Chatillon del Marne, lugar en donde la tradicion coloca su cuna.

Este Pontífice, ilustre por el esplendor de sus virtudes y de sus obras, el culto del cual hemos creído de Nuestro deber reconocer, merecía seguramente tal homenaje, era acreedor á que un monumento público se levantase en ese país para recordar los insignes servicios que prestó en lo pasado; sobre todo hoy que tantos otros sin tener ningun título efectivo, reciben no obstante, honores que solo se deben tributar á la virtud.

Vuestro comun ardor en glorificar más y más al bienaventurado Urbano y en celebrar su memoria, la religion y piedad del pueblo fiel, que de tan magnífica manera brilló en esta ocasion, como Nos lo refirió Nuestro Nuncio, dieron á vuestra festividad un esplendor en todo digno de su elevado objeto.

Os felicitamos, pues, desde el fondo de Nuestro corazón porque vuestros deseos y los de los hombres de bien se realizaron felizmente, y de tal manera que en un solo y mismo momento no solamente rendís el tributo de honor que merece ese gran Pontífice, sino que tambien dejáis á la posteridad un testimonio eterno de la fidelidad y amor que vosotros, vuestro clero y el pueblo francés conservan á la Sede Apostólica que en otro tiempo ocupó Urbano II, y en la cual arrojó tan maravillosos esplendores.

En cuanto á los excelentes sentimientos que manifestais por Nuestra persona en la referida carta, Nos la acogemos con la confianza de un afecto tierno y ardiente, y uniendo Nuestros votos á los que formais, Nos impetramos de Dios con encarecimiento, por los méritos del bienaventurado Urbano, que se digne enviar una mirada de misericordia á la Iglesia, que tan penosamente navega en medio de las borrascas, que aumente en vosotros y en vuestro clero las fuerzas para combatir en buena lid, que reanime y engrandezca en vuestra patria, tan cara para nosotros, el espíritu de fé y de religion, merced al cual fué en otro tiempo tan próspera y siempre victoriosa.